

DETECTIVE SANTRÉ, EL CASO CARRANZA DE JULIÁN NALBER*

LA MIRADA MALVA, GRANADA, ESPAÑA
2022, 252 P.

Mauro Javier Hernández Ramos¹

* **Cómo citar esta reseña:** Hernández Ramos, M. J. (2023). Reseña del libro *Detective Santré, el caso Carranza* de Julián Nalber. *Estudios de Literatura Colombiana* 53, pp. 211-214.
DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.elc.352642>

¹  maurojhr@gmail.com
Universidad Antonio Nariño, Colombia

El ciclo de novelas del autor referidas a la vida de un investigador privado radicado en Bogotá empezó hace pocos años con su opera prima, que presentaba el primer caso del detective Santré. En su momento, comenté algunos aportes importantes dentro de este tipo de literatura de entretención referidos a la obra de Nalber, y a la vez algunos matices y posibles equívocos que con el paso del tiempo y de la práctica podría llegar a superar el autor. La primera novela *Detective Santré, el caso Chang* logró dos ediciones, la primera en Colombia y una más en España. Ese primer texto mostró algunos elementos interesantes, particularmente en dos aspectos. Uno, la temática, que, sin ser innovadora, recurría al contexto bogotano, su cultura e idiosincrasia. Y dos, el desarrollo de la aventura que se perfilaba con la intensidad de los tebeos de las décadas de los setenta y ochenta. En ambos aspectos, aunque sin alcanzar un alto vuelo literario, el texto lograba captar la atención del lector, lo que en este género se antoja fundamental. No sobra mencionar que en la novela negra y policíaca el lector no debe esperar o hacer interrupciones para avanzar en la lectura. Como norma, este tendría que devorar la propuesta del escritor, pues el móvil del crimen y

Editores: Andrés Vergara-Aguirre,
Christian Benavides Martínez

Recibido: 13.02.2023
Aprobado: 01.06.2023
Publicado: 13.07.2023

Copyright: ©2023 *Estudios de Literatura Colombiana*.
Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la [Licencia Creative Commons Atribución – No comercial – Compartir igual 4.0 Internacional](#)



la identificación del victimario deberían ser también sus objetivos. La fascinación por el contexto delictivo, el ímpetu de la aventura o la búsqueda de una salida dentro de la trama laberíntica no permiten mayores pausas o digresiones. Los enigmas de la criminalidad y el hampa invitan a leer este tipo de novelas sin mayor respiro. Y a este reto se enfrenta Nalber ante la aparición de su segunda novela de la saga del inspector. Si en la primera el obstáculo se logró superar sin mayores dificultades, pero tampoco sin emotivos pronunciamientos del medio literario, esta segunda novela publicada en España tendrá el desafío de seguirse abriendo camino e ir tallando su nombre en el género.

En principio esta segunda aventura del inspector Santré se muestra más madura en su estructura y su desarrollo. Existe un avance notorio en el armazón de la trama que ya no parece tan predecible como en la anterior. O quizá una narrativa mucho menos explícita en comparación con su primer intento. La novela avanza y la configuración de varias capas textuales la hacen atractiva. En esta oportunidad se arriesga más por medio de diferentes caminos que hacen que el lector logre un interés no solo en la desaparición de un joven de clase baja, temática primordial del escrito, sino que también se sienta atraído por temas tan actuales como la inmigración venezolana, el drama de los falsos positivos y la incorporación de personajes de la comunidad LGBT. Y en este último punto se percibe un elemento valioso en lo que tiene que ver en la democratización de nuestra sociedad, al menos en el aspecto literario. Esta participación de personajes transgénero, todos ellos secundarios, en el caso de esta novela, le imprime una pluralidad al relato y a la vez crea vínculos concretos con el mundo en el que vivimos. Además, dentro de la literatura colombiana no son muchos los ejemplos de personajes transgénero, valga mencionar algunos en novelas y cuentos de Mario Mendoza o aquel del conocido relato “Besacalles” de Andrés Caicedo. En ese sentido, el texto de Nalber escudriña los vericuetos del barrio Santa Fe y saca a la luz algunas voces veladas que tienen que ver con el contexto de la prostitución transgénero en Bogotá. Así el autor entrelaza varios hilos narrativos, y aunque hay uno central, no disminuye el impulso de los otros. La historia entonces se ubica a finales de la primera década e inicios de la segunda del presente siglo. Épocas turbulentas del país, como lo han sido casi todas, en las que la inmigración venezolana comienza a crecer convirtiéndose en un problema de orden social y económico, y, por otro lado, el surgimiento del escándalo de los llamados falsos positivos. Nalber compagina bien todos estos hechos, y aunque alguien podría mencionar que puede existir una ligera alteración temporal entre dichos acontecimientos, hay que

recordar que lo que hace el autor es mera ficción basada en acontecimientos reales. Es por ello también que el lector se siente identificado, en especial si es colombiano, pues el relato es un cristal que enseña la realidad diaria de nuestra Colombia. Ahora, si dicho lector es ajeno a lo que sucede en estas tierras, sin duda se mostrará intrigado por la narración y seguramente la novela lo llevará a que ahonde en nuestra historia reciente.

Al hablar de las voces y los narradores que componen el texto, es imprescindible observar que, contrario a la primera novela, el escritor brinda diferentes perspectivas narratológicas. Existe un juego de perspectivas entre un narrador en primera persona que cuenta la historia desde su mirada particular, asumiendo el papel principal, que no es más que el narrador de su propia historia de vida. Pero, a la vez, en algunos episodios observamos un narrador en tercera persona que actúa como un testigo no identificable que desde su ángulo nos cuenta lo que sucede. Este juego de representaciones logra que cohabiten diferentes miradas, ofreciendo una visión más amplia de la novela; es decir, existe un panorama más complejo y esto ayuda a forjar mayor tensión y suspenso en el escrito, cualidades infaltables en este género.

La desaparición de un joven, su posible vínculo con el homicidio sistemático de civiles realizado por las fuerzas militares, la pista que surge de una trabajadora sexual transgénero, el notorio aumento de inmigrantes venezolanos en Bogotá, muchas de ellas mujeres que terminan en la maraña de la prostitución local, el torbellino de la noche bogotana, todos ellos son enrevesados universos que Nalber usa de forma hábil para darle veracidad a la vida de un profesor universitario que un buen día decidió conjugar su labor docente con los desafíos que ofrece el compromiso de convertirse en detective. Todo lo anterior dentro de una ciudad que es pintada como una selva en la que el delito, la diversión y la muerte campean y conviven sin prejuicio.

Hay que pensar que el trabajo para un escritor nuevo es largo y extenuante. Y en esta aventura, los personajes secundarios tienen que seguirse cultivando y fortaleciendo para que no sean solamente testigos o extras. A su vez, los diálogos que poco se ven podrían introducirse de forma más contundente para establecer escenas específicas con mayor dramatismo y vivacidad. Lo anterior, de hacerse correctamente, también le imprimiría al texto dinamismo y mayor personalidad. *Detective Santré, el caso Carranza* cuenta con momentos lúcidos que logran cautivar. Menciono, por ejemplo, el escrutinio y la indagación del protagonista en algunos bares de meretrices transgénero en el barrio Santa Fe (p. 123). En ellos, gracias al oficio del escritor, el lector logra observar y vivir la

escenografía, la atmósfera y todo el entramado oscuro y ácido de la escena. Quizá este episodio es uno de los mejores fragmentos en toda la novela. Pero la idea es, desde luego, que todo el texto tuviese tal determinación, nervio y visualización para los lectores.

Si la idea de Nalber es hacer de su protagonista un “héroe” totalmente imperfecto, colmado de vicios, que lucha solitario no solo contra los criminales de turno, sino contra el sistema en el que vive, que curiosamente es también asesino y corrupto, pensaría que el proyecto narrativo desde un principio está bien pensado. Y su desarrollo en el papel se sospecha como una apuesta válida desde el personaje como tal y desde la ambientación urbana, lúgubre y sórdida en donde nace cada aventura. Al igual que en la primera novela, esta segunda posee la misma característica que hace recordar las historietas de viñetas de aquellas épocas ya mencionadas.

En la literatura colombiana se suele decir que no hay novelas de detectives sino de criminales, pues el protagonismo de la maldad está entronizado en los verdugos que han sido para muchos los grandes intérpretes y ejecutantes de nuestra historiografía. Por eso al sicario, al político corrupto o a los grandes patronos de la droga se les ha mitificado y sus vidas se han vuelto literatura y leyenda. Son ellos los que han sido venerados y reconocidos más allá de nuestras fronteras. En algún congreso en España sobre el tema, Laura Restrepo afirmaba que “en Colombia no se puede escribir sobre detectives, sería gracioso. No se investiga porque todo el mundo sabe quién mata”.¹ Pues bien, esta sentencia parece ya revertirse al ver que en nuestras letras emergen relatos policiales cuyos protagonistas investigan los casos de siempre, a pesar de saber bien de dónde proviene la bala o la puñalada que asesina y que está vestida de anonimato e impunidad. Estos nuevos personajes van rompiendo aquel paradigma y van gestando una nueva literatura negra que compagina más con sus orígenes y peculiaridades.

¹ Laura Restrepo en “¿Novela negra en Colombia?”. *El Espectador*, febrero 20 de 2015.